



Feliz Día del Libro - 2021

¡Adéntrate en nuestro universo literario y disfruta de los mejores relatos ambientados en Eurostars Hotels!



EUROSTARS
HOTELS

Ver
relatos ▶

Introducción

XI Concurso de Relatos Breves Eurostars Hotels

El X Concurso de Relatos Breves Eurostars Hotels es una iniciativa que busca premiar y reconocer la creatividad de sus huéspedes. Se han presentado un total de 231 relatos. Historias diferentes con un denominador común: la acción se desarrolla en un hotel.

La originalidad, el esfuerzo creativo y la variedad son características comunes de las obras que han concursado. El relato ganador del concurso es Ítaca en la maleta, de Sergio Capitán. El premio para el ganador ha sido de 3.000 euros. Paralelamente, el autor de la obra más votada ha ganado una estancia para dos personas en el Hotel Eurostars de su elección.

Para conmemorar el Día Internacional del Libro y la fiesta de Sant Jordi, Eurostars Hotels presenta este e-book recopilatorio con los 8 relatos que nos parecen de mayor calidad. En los textos el lector se sorprenderá con las historias de amor, los recuerdos, las vivencias personales o las intrigas que pueden acontecer en un hotel.

Os esperamos pronto en la próxima edición.

Índice

01. Ítaca en la maleta - Sergio Capitán	4
02. La nada en sus ojos - Carlos Fernández Salinas	6
03. Aunque tú no lo sepas - Juan Perteguer	8
04. La fiesta de Fernando - Vicent Sanhermelando Bellver	10
05. Viaje fin de curso - Daniel García Rodríguez	12
06. Esperándote - Inmaculada Cortés García	14
07. Sous le ciel de Paris - Estefania Samper Campillo	16
08. La chica del metro - Javier Cifuentes Faura	18

Ítaca en la maleta

XI Edición 2021
Autor: Sergio Capitán

Hay un poema de Kavafis que me visita cuando busco inspiración. Aparece sin avisar, como las musas que siempre encontraban a Picasso trabajando. Viene a decir que, al final, lo que queda es el viaje. Ya sea a Ítaca o a Malpica de Bergantiños, en A Coruña, el pueblo de mis abuelos en el que pasé veranos eternos en mi infancia, en contraste con la sucesión de días sin control que es la vida adulta.

Nuestros planes de hacer la Costa da Morte en bici en semana santa desde A Coruña a Finisterre se vieron truncados por mi lesión de rodilla. Pero sellamos una promesa. En cuanto pudiéramos, haríamos ese viaje en coche. Recuerdo tu sonrisa imaginando las leyendas que te había contado al respecto de los lugares mágicos que atravesaríamos, con su clima tantas veces áspero y sus gentes de carácter dulce pese al continuo azote de mar y vientos.

Y así, el quince de septiembre comenzamos nuestro periplo hacia la tierra de las saudades, como te gustaba decir, con ese término luso-galaico que hace referencia a tu eterna nostalgia y melancolía. ¿Es posible enamorarse de una palabra?, disparabas al aire. Yo sonreía, a modo de asentimiento.

Fuimos en coche hasta allí, huyendo del cielo sin estrellas de Madrid y de su lluvia ausente. Yo conducía y no me dabas mucha conversación, por lo que puse música. “Me gusta cuando callas porque estás como ausente”, pensé, recordando aquel verso de Neruda, a la vez que caían las primeras gotas según dejamos Castilla y León. Ya al llegar a nuestro destino, el Eurostars Atlántico, en recepción nos recibieron con una sincera sonrisa. Tras registrarnos, decidimos comer en el restaurante del hotel, por comodidad y las buenas referencias que tenía.

Degustamos un arroz para dos espectacular. El camarero miró asombrado al ver que habíamos podido con todo. Tras una breve siesta, salimos a pasear rumbo a la torre de Hércules y sus alrededores.

Si alguna vez me pierdo, búscame aquí, te había dicho varias veces. Seguro que lo entendiste al disfrutar de la permanente luz de otoño que envuelve el paseo que rodea esa pequeña península con esculturas, menhires e inmejorables vistas. Una vez escogimos el sitio que más nos gustaba de la zona, paseamos por todo el contorno antes de acercarnos a la Playa de Riazor a disfrutar de la fina arena.

El verano llegaba a su fin, con esas nubes características que sin anunciar tormenta te invitan a ponerte un jersey. Tras pasear toda la tarde, decidimos volver al hotel y llenar la bañera. No teníamos a mano velas ni incienso, pero, poco a poco, y coronada por una capa de espuma, la bañera alcanzaba la temperatura y el nivel perfectos. De banda sonora escuchábamos el piano de Ludovico Einaudi y su "Nuvole Bianche".

Serví dos copas de albariño. Nos sumergimos y brindamos, mientras nos reíamos de errores pasados que juramos no volver a cometer. Estaba tan a gusto que cerré los ojos. Al abrirlos, asumí que, algún día, resbalaríamos juntos hacia el otoño de la vida.

Al día siguiente, salimos a pasear sin prisa. La plaza de María Pita, la playa del Orzán o la antigua fábrica cervecera nos tuvieron entretenidos y picamos algo. Acabamos sentados contemplando el mar, mientras te contaba anécdotas de mis veranos en Malpica y te escribía un poema que no me atreví a leer.

Como un escolar, intuí que una sirena estaba anunciando el fin del recreo cuando se aproximó la puesta de sol. Entonces, nos dirigimos al sitio que habíamos

elegido el día anterior junto a la torre de Hércules. Allí, un gaitero interpretando "Blowing on the wind", creaba la atmósfera de las películas de Bayona.

Con un nudo en la garganta, saqué aquel recipiente que había llevado con sumo cuidado todo el viaje. Me alejé lo suficiente para que tuviéramos intimidad y te leí en voz alta aquella versión que escribí de un poema de Quevedo, "seré polvo, mas polvo enamorado".

Entonces arrojé tus cenizas. No estábamos en Ítaca, pero daba igual. Quedaba el viaje de vuelta.

La nada en sus ojos

XI Edición 2021

Autor: Carlos Fernández Salinas

La luna presentaba sesgos violentos. Empujado por el viento, el mar se elevaba y descendía con vocación de carrusel para los hijos de un cíclope. Desde los acantilados nos llegaba el fragor de las olas deshaciéndose en el roquedal. Todo sucedió muy rápido. La puerta del hotel se abrió, sacudiendo los cascabeles que anunciaban la llegada de clientes. Yo estaba terminando mi tazón de leche en la cocina mientras que en el comedor mamá y Oliva servían diligentes la cena a los huéspedes, en su mayoría tratantes de ganado que hacían noche en Riveira. Desde la esterilla que separaba la cocina del mostrador de recepción, observé cómo papá reaccionaba circunspecto ante una pareja de guardias civiles. Pronto la noticia nos perteneció a todos: un pequeño mercante había naufragado a la altura de Finisterre. Sus tripulantes habían sido rescatados por un pesquero del pueblo, a donde regresaba sorteando las olas. Por entonces nuestro hotel era el único del municipio, de ahí la presencia de los agentes de la autoridad.

Nos afanamos en preparar las habitaciones vacías. Yo traía toallas y sábanas limpias, abría los radiadores y dejaba una pastilla de jabón en el lavabo. Aun siendo una niña deseaba ser partícipe de ese suceso extraordinario, pero cuando dieron las once mi madre inexorablemente me envió a la cama. Por mucho que me resistí, no tuve otra que ponerme el pijama y acostarme.

En mi duermevela, escuché cómo las ruedas de unos automóviles aplastaban la gravilla para finalmente detenerse. Salí a asomarme por detrás de la barandilla de la primera planta, y desde ahí fui testigo de cómo los naufragos, abrigados con mantas, irrumpían en la recepción. Parecían no creerse lo que les estaba sucediendo. Unas horas antes se balanceaban sobre las olas y ahora su barco

estaba en el fondo del mar. De súbito entró una mujer. Llevaba la nada alojada en los ojos y por unos instantes los míos se quedaron atrapados en ese abismo infinito. Mi madre acudió a atenderla, y antes de que me sorprendiera, corrí a mi habitación. Desde la cama escuché pasos y puertas abriéndose y cerrándose. Al día siguiente me levanté temprano. La Guardia Civil y el Ayudante de Marina tomaban café en la cocina. En el comedor unas personas les facilitaban a los naufragos dinero y pasajes de tren o autobús. Busqué a la mujer y desde una ventana la vi recorriendo la playa, arropada por un edredón y el cabello alborotado por el viento. La mujer miraba al mar, como si esperase una señal. Entre susurros me enteré de que era la esposa de un tripulante, a quien acompañaba en ese viaje. En los momentos finales del hundimiento, su marido bajó a la máquina para cerrar unas válvulas y que así tuvieran más tiempo para saltar al pesquero que había acudido a rescatarles. El hombre no regresó a cubierta, y a pesar de los gritos de la mujer, el pesquero tuvo que alejarse para no ser arrastrado al fondo por el mercante.

Los naufragos se fueron yendo, mientras que la mujer se negaba a abandonar el hotel. Todas las mañanas bajaba a la playa para otear el horizonte. Cuando observaba que un pesquero arribaba a Riveira, corría a los muelles. Un familiar llegó para llevarla a casa en espera de noticias, a lo que ella dijo no. Yo, en mi inocencia, me acercaba a la playa y entre las rocas buscaba pequeñas caracolas y conchas de nácar. Sin que ella me viera las depositaba en su mesita. Con este gesto pueril pretendía poner un haz de luz en su triste corazón. A los seis días, el familiar la convenció y acabó llevándosela.

Cuando se cumplió un año de la tragedia, la mujer regresó al hotel y con sus ojos de nada durante días recorrió la playa oteando el mar. En ningún momento

quiso compartir su dolor. Los vecinos respetaban su intimidad, sin importunarla durante su paseo para que cicatrizara sus heridas. Como el año anterior, volví a dejarle sobre la mesita las pequeñas caracolas y conchas de nácar que encontraba entre las rocas.

La mujer continuó viniendo año tras año. Su compromiso era conmovedor. Me imagino que al no tener una tumba que visitar, el mar era para ella un inmenso camposanto. Durante sus visitas, yo permanecí fiel a mi promesa de dejarle en la mesita los pequeños talismanes que encontraba por el roquedal. Jamás cruzamos una palabra, solo esa mirada donde se alojaba la nada, un precipicio sin fondo.

De la noche a la mañana me convertí en una adolescente petulante. El mundo de los adultos se me antojaba absurdo. Ni que decir tiene que abjuré de mi pasado de niña. Recuerdo que ese año, durante un atardecer donde compartía con mis amigas chismorreos en la playa, la mujer se nos acercó caminando por la orilla. Como en ella era habitual llevaba la mirada puesta en un punto indefinido. A Graciela le salió del alma: «¡mirad, allí viene la oratel!», y todas nos reímos a carcajadas, yo la primera. La mujer pasó a nuestro lado como un fantasma.

Se marchó a la mañana siguiente. Al poco el cartero me entregó un paquete envuelto en papel de estraza. Dentro había una botella que contenía las pequeñas caracolas y las piezas de nácar que yo depositaba sobre la mesita de la mujer. Dentro de la botella también había una cuartilla.

«Gracias por haber cuidado de mi mujer todos estos años. Ella ha decidido retomar su vida. Se ha propuesto volver a reír. La risa es maravillosa».

El tiempo pasa y nosotros con él. Ahora soy yo quien regenta el hotel. La botella la exhibo en una vitrina, sin que a nadie le confiese el secreto. A veces, cuando

miro por la ventana que da a la playa, me pregunto qué habrá sido de la mujer, si realmente ha vuelto a sonreír. Me gusta pensar que sí, que de la insolencia de unas adolescentes pueda surgir algo hermoso.

Fin

Aunque tú no lo sepas

XI Edición 2021

Autor: Juan Perteguer

La puerta giratoria de al menos tres metros de alto y que daba entrada al hotel dio la bienvenida a Leire. Era la primera vez, en su corta experiencia vital, que salía del hospital en el que había vivido nueve de sus doce años. Con cautela, como quien descubre un nuevo mundo, puso su pie dentro del espacio que habilitaba el acceso. Al ver que la puerta le invitaba a caminar aceleró el paso y, siguiendo el ritmo de la maquinaria que permitía el movimiento de tamera cristalera, llegó al recibidor del hotel en pocos segundos.

—Bienvenida señorita Leire, le estábamos esperando —dijo un amable botones que vestía un llamativo uniforme compuesto por una chaqueta roja con ribetes dorados y gorro a juego.

Leire observó con sincera admiración el entorno. Los altísimos techos estaban decorados con una sutileza perfecta. Motivos de animales y fauna, tallados en mármol, recubrían todas las paredes. A Leire le encantaban los animales. No había podido tener uno porque, aparte de estar prohibidos en el hospital, tenían muchos gérmenes que no ayudaban en nada a su leucemia. Siempre soñaba con poder acariciar y tener en su regazo a un perrito cachorro. Antes de la caer enferma, cuando tenía tres años, tuvo un conejo. Sus padres le decían que era muy pequeña y que no sabían cómo podía acordarse de él. Pero a ella le parecía normal, no se olvida a alguien que se quiere por mucho que pase el tiempo. Se aprende a vivir sin esa persona o animal pero no se olvida.

—Sígame señorita, vamos a servir el almuerzo y le hemos preparado su plato especial por orden de un familiar directo —dijo el botones sacándole de sus pensamientos.

El enorme pasillo, vestido con una moqueta de colorines y purpurina, le recordaba

al cuento de Alicia en el país de las maravillas. Se lo habría leído unas mil veces, quizás más, le encantaba poder viajar con la imaginación a otros mundos. A otros lugares que no fuesen de un color blanco aburrido como el hospital. Al llegar al comedor una sonrisa le invadió la cara y sus ojos se achinaron con esa característica mueca que había heredado de su madre. En cada mesa había un postre diferente, todos con una pinta exquisita, y en el centro, presidiendo el salón, un enorme pastel de chocolate con pepitas de chocolate. Su postre favorito. Corrió con una rapidez espléndida, como una deportista de elite que quiere alcanzar el oro olímpico, hasta llegar al pastel. Ahí se dio cuenta que había recuperado el apetito y que las náuseas por las continuas sesiones de quimioterapia, que la incomodaban durante el noventa por ciento del tiempo, habían desaparecido. Engulló el pastel con las manos, manchando su preciosa cara, llena de pequitas, del marrón del chocolate.

—¿Quién le ha dicho que me encanta este pastel? ¡Es mi preferido! —dijo Leire al botones.

—He sido yo cariño —dijo una voz proveniente del pasillo.

Con el ímpetu propio de una niña de su edad Leire salió corriendo a encontrarse con la voz que le resultaba muy cercana. Al ver a la persona que había hablado no pudo evitar abalanzarse sobre ella.

—Abuela, estoy tan feliz de que estés aquí. Muchas gracias por el pastel —dijo Leire.

—Tranquila mi niña, vas a poder comer tantos como quieras y nadie te va a regañar. —contestó la abuela.

Leire se acomodó en los brazos de su abuela y la miró a los ojos. Estaba preciosa.

—Abuela, hace dos años mamá me dijo que te habías ido a un sitio mejor y que desde arriba cuidarías de mí. Tenía razón. Este sitio es mucho mejor, ya no me duele nada.

La fiesta de Fernando

XI Edición 2021

Autor: Vicent Sanhermelando Bellver

No sé qué hago aquí. Cuando en la entrada del salón me han pedido la invitación, la he sacado de mi bolsillo, como si fuera un prestidigitador. Ni yo mismo sabía que la tenía allí ni era consciente de haberla recibido. Llevo un rato hablando con gente desconocida y he podido averiguar que estoy en un hotel, en la fiesta de compromiso de Fernando. No consigo recordar quien es ni por qué me ha invitado. Me están sucediendo cosas muy raras.

Mi agobio aumenta por momentos. Me desabrocho el botón del cuello de la camisa disimuladamente y me ajusto de nuevo la corbata.

- Hola, Javier -me saluda una hermosa mujer, cuya cara me suena.

- Hola -le devuelvo el saludo-. Perdona, no recuerdo tu nombre.

- Graciela.

- Ah, sí -miento-. ¡Qué casualidad! ¿Cómo te va?

- Me va.

No sé qué me pasa, tengo unas lagunas increíbles en mi memoria. Intento seguir con la conversación.

- Parece que, por fin, se nos casa Fernando -no se me ocurre decir otra cosa.

- ¿Se casa?

- Esta fiesta es porque anuncia su compromiso, ¿no?

- Eso, precisamente. Hoy se compromete, pero mañana, vete tú a saber.

Estoy desconcertado. Deduzco que mi comentario no ha sido acertado. Intento arreglarlo.

- Pues casi que tienes razón.

No me contesta. Mira hacia el centro de la sala, como abstraída. No sé qué decir. Opto por lo más socorrido.

- Voy a la barra, ¿te traigo algo?

Me ignora. Me deja con la palabra en la boca. Se va hacia un grupo de invitados y empieza a hablar con ellos. No entiendo nada. Todo es muy extraño. Necesito algo fuerte ya.

- Me pone un whisky, por favor.

El camarero, ni me mira. Le repito lo que quiero y ni se inmuta. Alzo más la voz. Es imposible que no me oiga. Nada, como si yo no existiera.

Esto es delirante, pero divertido. He descubierto que hay momentos en los que consigo ser invisible. Me he metido en medio de un corrillo de invitados que charlaban animadamente y he comprobado que seguían hablando entre ellos como si su mirada traspasara mi cuerpo cual cristal transparente. No puede ser que me vean y disimulen, no obstante, hago una prueba definitiva.

- Tu pure, o Principessa, nella tua fredda stanza...

Dadas mis nulas dotes musicales, ningún oído humano puede quedar impasible oyéndome cantar el Nessun dorma, sin embargo, nadie se altera y la conversación prosigue sin ninguna interrupción.

Me sale la vena gamberra. Voy a otro corrillo y me pongo a hacer muecas como un chiquillo. Contesto verdaderas animaladas a sus comentarios. Gesticulo y hago payasadas sin que nadie censure mi comportamiento. Entonces, ocurre algo inesperado. Cuando intento acercarme a Fernando, el anfitrión, me veo teletransportado al grupo de invitados con los que estuve al principio. Intento alejarme, pero no sólo no lo consigo, sino que permanezco hablando con ellos. No sé lo que digo, pero sigo su conversación como uno más. Esto empieza a no gustarme. Es como si alguien me hubiera poseído y mandara sobre mí. Necesito el whisky, más que nunca. De repente, me veo de nuevo apoyado en la barra. Como el camarero me sigue ignorando, decido servirme yo mismo, pero descubro aterrado que no puedo dar un paso. Empiezo a alarmarme de verdad.

Quiero irme de aquí, pero mi cuerpo no me obedece.

Inesperadamente, la suerte viene en mi ayuda. Graciela aparece de nuevo junto a mí.

- Me alegra verte de nuevo. Necesito tu ayuda, esto se ha convertido en una pesadilla.

- Anda, no exageres, esto es un sueño, nada más.

¿Un sueño? ¡Claro! ¿Cómo no lo he pensado antes? Ahora todo encaja. Estoy soñando. Ni he aparecido aquí por arte de magia ni soy invisible. Me quedo mucho más tranquilo. Sólo me tengo que concentrar en despertarme. Lo intento, pero mis esfuerzos son baldíos. Sigo en el hotel, no en mi cama.

- Graciela, no consigo salir de este sueño. Abofetéame, por favor. Quiero despertarme ya.

- Creo que no me has entendido, Javier. No puedes despertarte.

- Me has dicho que estoy soñando, ¿no?

- No. Es Fernando el que está soñando. Tu sólo eres un personaje de su sueño.

- ¿Qué?

- Pues que tú y yo y todos los que están aquí desapareceremos cuando despierte nuestro anfitrión. Y no debe faltar mucho. Mira.

Veo que la sala empieza a distorsionarse y las caras de los asistentes parecen difuminarse.

- Esto es el final -me confirma Graciela.

Ansioso por dar un sorbo antes de que se acabe mi efímera existencia, le lanzo una súplica.

- Mira a ver si a ti te hacen caso -suplico-. Pídeme un whisky, por favor.

Viaje fin de curso

XI Edición 2021

Autor: Daniel García Rodríguez

Los estudiantes habían votado en masa con ir a Ibiza pero la directora se empeñó en que no, que ya estaba bien de tanto jolgorio y parranda y que ya era hora de cumplir con el requisito instructivo y educativo de los viajes escolares. Y no se le ocurrió mejor destino que el primer hotel de bajo coste recién inaugurado en la Estación Espacial. Entre las muchas razones que nos soltó alegremente en el claustro destacó el elemento inclusivo, ya que los alumnos minusválidos estarían en igualdad de condiciones móviles que los demás al no precisar de muletas ni sillas de ruedas en la órbita terrestre. Los monos obligatorios de color neutro ayudarían a eliminar los estereotipos de género, así como la inexistencia de baños separados y tener que orinar todos, todas y todes en pañales unisex. La menor presión sobre la espina dorsal provocaría un estiramiento que terminaría con las burlas hacia los más bajitos, y la inutilidad de los iPhone favorecería la comunicación y la interacción social. A los padres se los cameló alegando que al ser un espacio libre de humos y alcohol no habría peligro de intoxicaciones ni comas etílicos, con el aliciente de que estarían más cerca de casa que si iban a Port Aventura, apenas 350 kilómetros hacia arriba, y la posibilidad de verlos saludar desde la ventana con un telescopio casero. Su decisión fue fervientemente apoyada por los profesores de Física, Geografía y Conocimiento del Medio, que lo veían como una oportunidad única para que los estudiantes más rezagados se pusieran al día en dichas asignaturas aprovechando el entorno y las condiciones particulares donde se desarrollaría la novedosa experiencia. A mí, que me había presentado como voluntario para acompañar al grupo pensando que nos íbamos a la playa, no me quedó otra que liarme a hostias con el resto de profesores mentalmente sanos para endosarle

el marrón a algún pringado, sin éxito. Muchos estudiantes se echaron atrás por el ligero aumento de precio u otras cuestiones relativas a las crisis de pánico, los pasaportes caducados y las intolerancias alimentarias, y como suele pasar, la panda más pudiente y selecta estaba compuesta por esos futuros capos de la mafia que lo único que han aprendido en clase y en casa es que el estudio y el respeto por las normas no son precisamente lo que les hará triunfar en la vida. Para rematar la faena, la colega de Educación Física, que iba a ser la segunda acompañante, presentó en el último minuto un justificante que le impedía volar por miedo a las alturas y así me encontré yo solito al frente de la primera excursión escolar que se hospedaba en el hotel con más estrellas de la galaxia, o algo así decía el eslogan.

Los primeros días no estuvieron tan mal. Sufría como cualquier otro las incomodidades de la ingravidez y que amaneciera cada hora y media, pero era una gozada ver cómo los más chulos se partían la cabeza al intentar impresionar a las chicas con sus triples volteretas, había pastillas alimenticias con sabor a profiteroles y desde mi habitáculo disfrutaba de una bonita vista de Bostwana. Los problemas comenzaron al intentar comunicarme con los recepcionistas y camareros. Mi nivel de inglés es sub-normal, como corresponde a uno de la vieja escuela, y el que chapurreaban los alumnos más aventajados solo les daba para preguntar el precio de una bicicleta o indicar por dónde se va al parque. El personal hablaba también ruso y chino mandarín -español para qué, se preguntarían- y maldije a los padres de alumnos inmigrantes por ser siempre los primeros en rajarse. Con los estudiantes a su bola y yo sin poder pedir un simple descafeinado, empecé a pensar que eso que hablan de la infinita soledad del cosmos no era para tomárselo a broma.

Y si el aburrimiento es peligroso para un astronauta, imagínense lo que supone para una jauría de adolescentes encerrados en un Twingo con paneles

fotovoltaicos... Estos tíos que no sabrían ni reconocer su país en un mapa y a los que no contratarían ni como desatascadores de letrinas habían conseguido introducir, no me pregunten cómo, un alijo de marihuana, cocaína, peyote y ron Bacardi, y se montaron un fiestorro en la bodega que ríanse ustedes de las bacanales en el Olimpo. El reguetón se oía hasta en la cara oculta de la Luna. Los vómitos y otros fluidos corporales atascaron los conductos de ventilación y los chupitos flameados quemaron el nodo de conexión central, dejándonos sin suministro eléctrico durante veinte vueltas al mundo. Los tripitidores aprovecharon el apagón para colarse en la cabina de mando y a punto estuvimos de poner rumbo a la Osa Mayor con escala en Neptuno. No contentos con poner el brazo robótico a hacer peinetas, destrozaron el adaptador de acoplamiento presurizado de manera que el transbordador tuvo que amarrarse con cinta adhesiva, y reorientar las antenas para que media humanidad se quedara sin Disney Channel, birlaron las mochilas de oxígeno y obligaron a los astronautas encargados de salir a buscar ayuda a pulverizar el récord de respiración contenida. Y bueno, quizá habría podido salvar mi empleo, alegando que son cosas de críos y que para un único profesor es bastante difícil controlarlos a todos, si no se me hubiera perdido el niño autista durante el paseo espacial incluido en el programa de actividades culturales.

Me jode reconocerlo, pero por una vez estaba de acuerdo con los chavales en que era mejor ir a la playa. No me habrían dejado dormir con sus orgías nocturnas y habría habido algún que otro embarazo no deseado, pero me habría puesto morado de gambas en un chiringuito y además el colega de Religión me había adelantado una pasta para que le enviara fotos de la profe de Educación Física en bikini. El problema es que me lo gasté todo para no ir a juicio y al muy ingrato no le convencen mucho las que saqué del Cinturón de Orión y las Pléyades.

Esperándote

XI Edición 2021

Autor: Inmaculada Cortés García

¡Ay, qué suspiro de bienestar después de tanta espera!

Viajar hacia el norte ha sido un estímulo para mis pensamientos, para mi creatividad, un aliciente para mi ánimo, con el deseo ferviente de volverte a encontrar.

Respirar el frescor del aire cantábrico ha sido como inocularme oxígeno, como purificarme por dentro y por fuera.

En la calidez de esta habitación del Hotel Real, escenario de una gran historia centenaria, y de pequeñas historias como la nuestra, estoy vivenciando las pesadumbres pasadas y los deleites presentes que me esperan junto a ti. Las sombras provocadas por el crepúsculo del atardecer me devuelven a los tenebrosos y amargos tiempos de la pandemia, separada de ti, pero los rosáceos destellos del sol poniente me incitan a la esperanza de tener un futuro contigo. Por eso, mi espíritu es un vaivén, un sentimiento agridulce, entre la tristeza del pasado con la epidemia y el júbilo porque nuestro anhelado encuentro es inmediato. Mi pensamiento es un ir y venir entre ambos extremos, como las idas y venidas constantes de las espumantes olas.

Todas son sensaciones contrapuestas: recuerdo el silencio silente del confinamiento en contraste con la algarabía ahora de las gentes en las calles, la quietud forzada y forzosa del pasado, en contrapunto con la libertad de movimientos en el presente, el ambiente asfixiante de las cuatro paredes de mi casa en oposición con la percepción fresca del suave viento marino.

Mi sensibilidad, mis múltiples sensaciones estallan al abrir el balcón y comprobar la inmensidad de las vistas de la bahía santanderina, y el placer de contemplar el horizonte diluyéndose entre el cielo y el mar.

Mis cinco sentidos están desbordados, rebosantes por percibir todo lo que esta nueva oportunidad me ofrece.

Mis oídos escuchan como una sinfonía de sonidos el rumor de las olas, a mi olfato llegan los aromas frescos del mar, mi piel siente como una caricia la brisa tan añorada, evoco los deliciosos sabores de antaño y mi fatigada vista se admira con los destellos de colores en el espectacular celaje del atardecer cantábrico.

También mis sentidos te rememoran: parece que oigo tu voz, que aspiro el aroma de tu cuerpo, que veo tus perfectas formas, las acaricio y saboreo.

A medida que se aproxima tu llegada, noto un nudo en la garganta, y los latidos de mi corazón se van acelerando cada vez con más rapidez, al contrario que las manecillas de mi reloj, que avanzan con parsimonia en su movimiento circular. Quiero ser tu "Bella dama blanca", como el poético sobrenombre de este hotel, tan ansiado por mí. Por eso, mi vestido es blanco, vaporoso y casi transparente, que deja entrever mi silueta e irradia la luminosidad que entra por el balcón.

Después de tanta añoranza de afectividad, de besos, abrazos, caricias, del contacto piel con piel, por fin llegó el suspirado reencuentro. Al abrir la puerta de la habitación y verte después de tanto tiempo, nuestra unión no fue como yo había imaginado, sino aún mejor. Primero fue titubeante, y nuestras manos apenas se rozaron, después tu dedo acarició sutilmente mis labios, vacilando un eterno segundo, para pasar a fundirnos en un infinito beso y en un abrazo en el que nuestros cuerpos ya no eran dos, sino uno sólo.

Sous le ciel de Paris

XI Edición 2021

Autor: Estefania Samper Campillo

Como cada viernes y desde hace un año, Sophie se alojaba en la habitación 305 de un andrajoso hotel situado en el pintoresco barrio de Montmartre. Se trataba de un hotel viejo, de paredes de papel pintado granate y muebles pasados de moda, el típico 2 estrellas de París, como tantos otros, que no había sido reformado desde su inauguración, allá por los años 80.

Siempre a la misma hora tardía, siempre los viernes, Sophie se asomaba por aquel ventanuco de suelo a techo, abría las cristaleras y observaba como la gente se agolpaba en las escaleras de la iglesia de Sacre Coeur. Ese día, una inesperada lluvia no tardó en entorpecer aquel idílico momento y difuminó la escena en pocos segundos. Ella no apartaba la vista, su mirada estaba vacía, parecía buscar en sus pensamientos algo que anhelaba recordar.

Encendió un cigarrillo y se acercó a la mesa de escritorio. Sacó de su bolso una libreta de cuero marrón y al deshacer el nudo del cordón que la rodeaba, ésta se abrió instintivamente por una de las páginas que estaba marcada. De ella recogió una foto desgastada en blanco y negro, en la que aparecía una mujer joven, asomada a una ventana. La foto estaba tomada desde la calle, bastante alejada de donde se encontraba. La mujer, posaba junto con un bebé que abrazaba y miraba sonriente. Sophie dio la vuelta a la imagen y en ella aparecía un número, un día y una dirección, todos coincidían con el lugar y el momento en el que se encontraba.

Apartó la imagen y la colocó en la mesa. Comenzó a escribir: "13 de noviembre de 2019. Ya hace un año que encontré la foto en el buzón, sin remitente, como si alguien supiera lo que buscaba. Como una maldición, mi vida se ha vuelto del

revés desde entonces. El insomnio es cada vez más frecuente y las pesadillas ya no me permiten distinguir que es real y que no. Esperaba verla hoy, poder dar respuesta a todo esto pero no, se acabó, mañana saldré de este hotel y volveré a Barcelona, no voy a seguir consumiéndome intentando encontrarla.”

Sophie cerró el cuaderno y se recostó en la cama.

De repente, un repiqueteo en la puerta de la habitación hizo que se incorporara. Observó aturdida el reloj de la mesita, que marcaba las 3 de la madrugada. Con un hilillo de voz preguntó ¿Quién es? En ese instante se escuchó otro golpe aún más intenso y Sophie soltó un grito ahogado. Se acercó a la puerta, apoyando su oreja intentando percibir algo. De nuevo el ruido le produjo un zumbido en el oído.

Abrió la puerta.

Se estremeció al comprobar que no había nadie al otro lado, tan solo silencio. Se quedó inmóvil en medio del largo pasillo. La ubicación de su habitación hacía imposible que alguien hubiese tenido tiempo de correr y girar cualquiera de las esquinas. No se escuchaba sonido de pasos, ni ruido de ascensor.

Un escalofrío intenso recorrió su espalda hasta la nuca. Cerró de un portazo y corrió hacia la ventana buscando al intruso. Allí, a lo lejos, en las escaleras de Montmatre, antes vacías, se erigía una silueta negra, inmóvil, que la miraba fijamente a través de dos horribles pupilas brillantes y enrojecidas. Aquella imagen le horrorizaba pero no podía apartar su mirada de ella. Sabía que era el día, que no podía esperar más y que debía recorrer los metros que le separaban de aquellas escaleras. Cogió su chaqueta y su bolso, y sin soltar la foto, corrió a su encuentro.

La calle estaba vacía. El suelo, mojado por la lluvia, hacía que Sophie resbalara a cada paso mientras subía la empinada cuesta adoquinada que le acercaba a su destino. Cuando llegó no encontró a nadie. Empezó a dudar si se trataba de una de esas pesadillas recurrentes y lo que estaba viendo era tan solo fruto de su

imaginación. Entonces, volvió a escuchar los golpes que sintió en su habitación. El sonido se repetía dentro de su cabeza, una y otra vez, sin descanso.

Desesperada, Sophie tapaba sus oídos para reducir el ruido pero en lugar de eso, este se hacía más intenso. Dirigió su mirada a la ventana del hotel como si alguien le obligara a hacerlo. El sonido paró. En el ventanuco de su habitación, aparecía una imagen difuminada que poco a poco se transformaba en aquella mujer de la foto. Allí estaba, con el bebe entre sus brazos, besándole y acariciándole. Parecía feliz, sonreía dulcemente cuando cruzó su mirada con la de Sophie. En ese momento, su gesto cambió, sus ojos se convirtieron en aquellos ojos penetrantes e iluminados que había visto antes. Con un rostro inexpresivo, extendió los brazos hacia el exterior de la ventana. El bebe empezó a llorar y chillar y el sonido volvió a clavarse en la cabeza de Sophie. La mujer aflojó sus manos y le dejó caer.

Sophie apartó la mirada de aquella escena. Sacó la foto de su bolso. Ahora ya no podía ver la imagen de la mujer, se había borrado para sobre escribir otra. Sophie, encaramada a la ventana, aparecía allí con la misma mirada siniestra que había visto en aquella mujer. La giró y esta vez escritas había dos fechas, una de ellas 13 de noviembre de 1987, su fecha de nacimiento. Sophie gritó desesperada. Corrió sin descanso hasta que llegó a la habitación.

Abrió la puerta y la encontró vacía.

Volvió a asomarse a la ventana y miró a la acera esperando encontrar el cuerpo sin vida del bebé. No estaba. Pero allí, en las escaleras de Montmartre, esa mujer observaba la escena sonriente.

Sophie perdió las fuerzas, encendió un cigarro, absorbió el humo, y subiendo a la barandilla, se lanzó al vacío. La foto, que se había desprendido de entre sus dedos en la caída, desdecía suavemente hasta posarse junto a su cuerpo inerte. En ella se podía leer la segunda fecha, 13 de noviembre de 2019.

La chica del metro

XI Edición 2021

Autor: Javier Cifuentes Faura

Y apareció de nuevo. Mis ojos no daban crédito. Allí estaba, al fondo del pasillo, abriendo la puerta de su habitación, una chica de mediana altura, con una tez resplandeciente y con el cabello rizado, moreno y de melena corta. Al principio tuve mis dudas, pero estaba convencido de que era ella, la chica del metro. Como cada mañana, me levanté a las 7am para hacerme el desayuno y prepararme para comenzar con energía el día. Todo parecía diferente aquel día, era un día soleado, los pájaros cantaban alegremente, la naturaleza brillaba por sí misma y las flores resplandecían. Tras abotonar la camisa y colocarme la corbata, me puse una americana azul marino y me dirigí, no sin mis auriculares, hacia la estación de metro para ir al trabajo. De repente, se chocó conmigo una chica que iba leyendo un libro mientras caminaba. Me pidió disculpas y me sonrió tímidamente, a lo que yo respondí con otra sonrisa y un escueto buenos días. Proseguí mi camino y observé que ella se dirigía al mismo lugar. Tomamos la misma línea de metro, dirección Nuevos Ministerios. Tras dos minutos de espera, y entre la multitud de gente en una típica mañana de trabajo en Madrid, me subí al vagón del metro. Ella me miraba disimuladamente, y yo no sabía cómo reaccionar. Llegó mi parada y le dije un simple adiós para despedirme, ni siquiera recuerdo cuál fue su reacción. Desde entonces no paro de darle vueltas a dicha situación. Hoy, dos semanas más tarde, por motivos de trabajo, y para la realización de un curso de coaching empresarial, estamos alojados en un hotel de la ciudad durante dos días. Al hacer el check-in me han dado una habitación en la planta 14 para disfrutar de unas bonitas vistas, y sorprendentemente, al llegar, observo que aquella chica está allí alojada. Los nervios me invaden. No sé qué hacer, solo sé qué casualidades así se deben a algo. Quizá fuera el

destino, quizá solo fuera mi aliento para combatir la soledad. Tras pasar toda la noche meditando, decido que me atreveré a hablarle cuando la vea por el hotel. Confiaba en verla la mañana siguiente en el desayuno, pero no fue así. Llegó mi segundo día – y último alojado en el hotel – así que decidí bajar a desayunar a las 7 am, hora a la que abría el restaurante. Pensaba quedarme allí toda la mañana hasta que la viera. Pasó hora y media y seguía sin venir. Mi esperanza se desvanecía, hasta que de repente, la vi entra por la puerta. El corazón me latía a mil. Me levanté impulsado más por el corazón que por la razón. Me di cuenta que ella me reconoció, y la invité a sentarse conmigo. Ella me sonrió y aceptó. En aquel momento me encontraba en un sueño del que no quería despertar. Aún no era consciente de la realidad. Solo sé que quizá fuese el destino, quizá fuese solamente casualidad, o quizá fuera la magia de Eurostars.



EUROSTARS
HOTELS

© Eurostars Hotels 2018
Todos los derechos reservados